

corazon á alguna cosa. No desprecies por mas tiempo la observancia de un precepto tan positivo, y para eso ejecuta lo siguiente: primero, luego que te suceda alguna prosperidad temporal, una ganancia notable, una herencia, no te contentes con rendir gracias á Dios por ella, ni con hacer limosnas cuantiosas á los pobres; porque esta es una especie de tributo que debes á aquel Señor en quien reside el supremo dominio de todo lo que posees; sino que postrado á sus pies has de protestarle por una, aunque corta, fervorosa oracion, que no quieres tener el menor apego á bien alguno de la tierra, y que desde luego renuncias todo pensamiento, y aun todo movimiento de codicia.

«Conozco, Señor, conozco muy bien la vanidad y la nada de «estos bienes caducos y perecederos; y no he de poner en ellos «un corazon que solo fué criado para poseeros á vos. Yo os doy «mil gracias por los que me habeis concedido; pero solamente «los recibo como un empréstito, ó como un depósito que tengo «obligacion á restitueros. Renuncio todo apego y toda inclinación «menos cristiana; y así como todo mi tesoro le tengo solo «en el cielo, así solo en el cielo tengo colocado mi corazon.»

3 Todas las mañanas acabarás el ofrecimiento de obras con estas palabras del santo Job, tan propias para desprender el corazon de los bienes de este mundo (*Job 1*): *Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus revertatur illuc*: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á él. Algunos hacen todos los dias esta oracion de Salomon (*Prov. 30*): *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria*: Ruégote, Señor, que igualmente me desvies de la abundancia que de la miseria, y que solo me concedas lo necesario para vivir. En fin, nunca olvideis lo del Profeta (*Psal. 61*): *Divitias si affluent, nolite cor apponere*: Si posees muchas riquezas, guárdate bien de tener el corazon pegado á ellas.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SETENTA Y NUEVE SANTOS MÁRTIRES, en Sicilia, que en tiempo de Diocleciano por diferentes tormentos merecieron recibir la corona de su confesion.

LOS SANTOS MÁRTIRES VERULO, SECUNDINO, SIRICIO, FELIX, SERVULO, SATURNINO, FORTUNATO, Y OTROS DIEZ Y SEIS, en A drumeto de Africa, que en la persecucion de los Vándalos por confesar la fe católica fueron coronados con el martirio.

SAN SEVERIANO, obispo y mártir, en Escitópolis en la Palestina.

SAN PEDRO MAVIMENO, en Damasco, el cual habiendo dicho á unos árabes que le fueron á visitar estando enfermo: «Todo aquel que no abraza la fe cristiana y católica se condena como vuestro falso profeta Mahoma se condenó;» fué muerto por ellos.

SAN MAXIMIANO, obispo y confesor, en Ravena. (Fué consagrado por el papa Vigilio en 546, y murió el 22 de febrero del año 556. Era muy estimado del emperador Justiniano y de toda su corte por su piedad y por el acierto con que dirigia los negocios de su iglesia, distinguiéndose muy particularmente en la devoción de la santísima Virgen.)

SAN FELIX, obispo, en Metz. (Véase una noticia de su vida en las de este día.)

SAN PATERIO, obispo, en Bressa.

SAN DOSITEO, CONFESOR.

NINGUNA cosa enseña mejor, ni aun tan bien como los ejemplos. Por eso ha querido el Señor proponérselos en todas edades, en todas condiciones, en todos estados, atajando por este medio los falsos pretestos de que pudiera servirse nuestro amor propio para desviarnos de la virtud. Quiso confundir nuestra cobardía, poniéndonos á la vista la santidad de aquellos, que siendo mas jóvenes, mas débiles, mas delicados, menos sabios que nosotros, no por eso dejaron de arribar á un eminente grado de virtud, aun ceñidos siempre dentro de los límites de los empleos menos lustrosos, y de las acciones mas comunes y ordinarias.

Fué Dositeo un jóven noble, hijo de un prefecto, ministro de la guerra, ó tribuno, oficial que mandaba un cuerpo de tropas, y corresponde ahora al grado de maestre de campo, ó de teniente general. Como estaba en la flor de su edad, y era de bella disposición, airoso, y bien proporcionado, era tambien las delicias de toda su familia, y el ídolo de su padre, que le crió con la mayor delicadeza, y con el mayor regalo. Aunque eran cristianos sus padres, le dieron una lastimosa educación, manteniéndole en una total ignorancia de la religion cristiana; y por miedo de no atarearle, ni de quitarle la libertad, no le aplicaron á los estudios, dejándole vivir sin darle la mas leve tintura de letras, ni de facultades. Si Dositeo no se precipitó en las mas funestas licencias de la juventud, debiólo á la buena inclinacion de su bella indole, ó por mejor decir, á la especial gracia con que el cielo le preservó de los mayores escollos. Era Dositeo de un natural dulce, gracioso y apacible; á que añadiéndose la hermosura de su semblante, la proporcion airoso de su talle, la delicadeza y blancura de su tez, con unos modales desembaraza-



S. DOSITEO C.

dos, modestos, y llenos de una noble ingenuidad, junto todo con una rara inocencia de costumbres, le hacian universalmente amado de todo el mundo. Sobre todo el padre estaba tan hechizado con su hijo, que no sabia negarle gusto alguno, y esta excesiva condescendencia fué la causa de su grosera ignorancia.

En esta regalona ociosidad vivia Dositeo cuando oyó hablar del viaje de la Tierra Santa. El Señor, que tenia particulares designios sobre aquella alma privilegiada de su gracia, le inspiró el deseo de hacer este viaje. Apenas dió á entender á su padre la curiosidad que se le habia escitado, cuando al instante providenció todo lo necesario para complacerle. Estaban algunos oficiales para hacer aquella jornada por devocion, y el tribuno les pidió que llevasen consigo á su hijo Dositeo, haciéndole el gusto de cuidar de su comodidad y de su regalo. Apenas llegaron á Jerusalem cuando todas las cosas grandes, y santas que veia en aquellos sagrados lugares le tenian como embelesado, haciéndole especialmente grande impresion todo lo que oia decir de nuestros sacrosantos misterios. Condújole un día la divina Providencia á cierta iglesia, cerca de Getsemani, que es un valle al pié del monte de las Olivas, distante algunos centenares de pasos de Jerusalem, y vió en ella una pintura que le dió gran golpe. Era un vivísimo retrato de los tormentos que los condenados padecen en el infierno; y como nuestro jóven ignoraba enteramente lo que la fe nos enseña en este punto, quedó como suspenso y atónito. Consideraba inmóvil aquel horroroso lienzo, fijos los ojos en todas las tristes figuras que en él se representaban, cuando se llegó á él una señora vestida de púrpura, respetable por su majestuosa gravedad, y por todo su aire celestial, la cual le esplicó lo que significaba aquella pintura, declarándole todos sus misterios. Aturdido Dositeo con lo que estaba oyendo, escuchaba á la señora con un profundo silencio; pero volviendo en sí del asombro, la preguntó cortesantemente, qué haria para evitar la desgracia de caer en aquellos horrendos suplicios. *Hijo mio*, le respondió la matrona, *si quieres no ser del número de los condenados, ayuna, no comas carne, y ora sin cesar*; y diciendo esto desapareció. Nunca dudó nuestro Santo que esta señora habia sido la Santísima Virgen, y así la profesó siempre una ternísima devocion, que cada dia fué creciendo hasta la muerte.

Luego que Dositeo volvió á la posada, comenzó á poner en práctica el consejo de aquella celestial Señora. Su ayuno, su abstinencia, su oracion continua, y su perpetuo recogimiento admiraron á los oficiales, en cuya compañía habia venido. No

perdonaron á diligéncia alguna para divertirle, para hacerle comer, y para distraerle; pero no fué posible hacerle mudar de método. Viendo su constante perseverancia, le dijeron: que aquella vida no era correspondiente á un hombre del mundo, y que si pensaba conservarla hasta la muerte, estaria mejor en un monasterio. Dositeo, que jamás habia oido hablar del estado religioso, preguntó, ¿qué cosa era monasterio? Respondiéronle, que monasterio era una casa santa y recogida, donde se encerraban los que querian vivir únicamente para el cielo, pasando la vida bajo la obediencia de un prelado, en ejercicios de penitencia y de oracion, sin comunicacion con los seglares. Agrádole tanto esta descripcion de la vida religiosa, que no dejó en paz á aquellos caballeros hasta que le llevasen á un monasterio. Uno de ellos le condujo al de S. Serido, antiguo amigo suyo. Luego que le vió el santo abad, quedó prendado. Preguntóle: ¿qué queria? Y él solo respondió: *Salvarme*. Con todo eso, conociendo el prudente abad por su vestido, por su delicadeza, por su aire, y por todos sus modales que era jóven de muy distinguida calidad, y sospechando que quizá habria hecho alguna travesura, por la cual se habria escapado de su casa huyendo del castigo, temió que si le recibia tendria acaso que padecer el monasterio. Con estos temores llamó á S. Doroteo, que era su principal discípulo, y declarándole lo que recelaba, le encargó que examinase la vocacion de aquel mozo. Doroteo, que tenia conocidamente el don de discrecion de espíritus, le examinó muy despacio: mas no pudo sacar de él otra cosa sino que queria salvarse, y pedia por gracia que le recibiesen en el monasterio. Cuando Doroteo dió cuenta al abad de su comision, le dijo: *Que habia descubierto en aquel jóven un natural tan bello, tan buen fondo, tanto candor, y tanta sinceridad, que no podia dudar ser muy legitima, y muy castiza su vocacion, y que no habia que temer*. Asegurado S. Serido con este dictámen, le recibió al punto, y se le encargó al mismo Doroteo, que era enfermero, y al mismo tiempo maestro de nuestro novicio.

Viendo el prudente director, con aquella grande discrecion de espíritus, de que el Señor le habia dotado, que su nuevo discípulo era jóven, tierno, delicado y criado con todo regalo, no quiso sujetarle desde luego á todas las austeridades y mortificaciones que los demás monges practicaban. Contentóse por entonces con enseñarle á obedecer con alegría y con puntualidad, á no tener voluntad propia, á mortificar sus inclinaciones y á desprender su corazon aun de las cosillas mas menudas. Aplicóse á hacerle amar la humildad, las humillaciones, y poco á po-

co le enseñó á ser sobrio. Al principio le dijo que comiese todo el pan, que á su parecer hubiese menester para contentar su apetito, mandándole solamente le diese cuenta de la cantidad de pan, que comia cada vez. Obedeció á la letra Dositeo, dando cuenta puntual á su maestro del pan, que comia. Pasados algunos dias le aconsejó que hiciese experiencia, si cercenando alguna corta porcion de aquella cantidad, sentia novedad en la salud. Hizolo así el santo mancebo, y diciendo á su maestro, que no experimentaba la menor novedad: *Pues hijo mio, le replicó el prudente Doroteo, prueba por quince dias, si dejando en cada uno de ellos media onza de pan por amor de Dios, te sientes menos robusto.* Echó Dios la bendicion á la industria del maestro, y á la docilidad del discípulo; porque Dositeo, á quien no bastaban al dia cuatro libras de pan en los principios de su conversion, se redujo insensiblemente á contentarse con solas ocho onzas, sin haber enflaquecido, ni experimentar en sus fuerzas decadencia.

Muerto el santo abad Serido, fué colocado en su lugar San Doroteo. El nuevo abad, que conocia bien, así la delicada complexion como la débil salud de su querido discípulo Dositeo, tenia gran cuidado de moderar su fervor, que iba creciendo cada dia, atemperando prudentemente los empleos á sus fuerzas. Dejóle en el oficio de enfermero, limitándosele á que tuviese aseada la enfermeria, y á que cuidase del regalo de los enfermos, y que nada les faltase. Exhortábale á estar continuamente en la presencia de Dios; á corregirse cada dia de algun siniestro; á no dejar sin dolor, y sin castigo las menores faltas; á no dejar hacer cosa alguna por su propia voluntad; á no tener apego á persona, ni á cosa alguna de esta vida; á no ejecutar aun las acciones mas menudas, y mas ordinarias, sino puramente por motivo de agradar á Dios, y á no temer nada tanto como desagradarle.

Puso en ejecucion el santo mancebo con la mayor exactitud estos saludables consejos, cuya puntual fidelidad en observarlos le hizo arribar en menos de cinco años á una eminente santidad, por el continuo ejercicio de las acciones mas comunes y de menos ruido. Jamás se desmentian su dulzura, su modestia y su profunda humildad, siempre igual, siempre oficioso, siempre alegre; de manera, que solo con ver aquel risueño, y aquel angelical semblante se consolaban los enfermos. Todo su estudio era hacer perfectamente todas las acciones: ninguna falta se perdonaba, y si le sucedia alguna vez, ó levantar algo mas la voz, ó escapársele algun repentino ímpetu del natural, estaba inconsolable.

Habiendo hablado en cierta ocasion con alguna mayor viveza á uno de los hermanos que asistian á los enfermos, se retiró á la celda, y postrado en tierra con la boca en el suelo, no cesaba de llorar y de gemir. Vióle un monge, fué á dar cuenta al abad, que hallándole en este estado, bañado en sus propias lágrimas: *¿Hijo, le preguntó, qué significa ese llanto, y por qué lloras?* Padre, respondió Dositeo, *porque siempre soy imperfecto y acabo de ofender á Dios, hablando ásperamente á mi hermano. Dios te ha perdonado esa falta,* replicó el abad, *levántate, y vuelve á tu oficio.* Obedeció, levantóse al punto, y volviendo á su serenidad y á su alegría ordinaria, prosiguió cumpliendo con su empleo con mas fervor que nunca.

No podia subir mas de punto el candor y la ingenuidad. Descubria á su padre espiritual hasta los mas mínimos pensamientos que se le ofrecian. Acababa un dia de hacer las camas á los enfermos, y pareciéndole que las habia hecho con algun aseo, tuvo cierta secreta complacencia. Casualmente apareció entonces por allí S. Doroteo, y el sincerísimo discípulo le dijo: *Padre, me viene vanidad, porque me parece que he hecho bien las camas.* Hijo (le respondió al punto el prudente maestro), *eso á lo sumo probará que eres buen enfermero, mas no prueba que eres buen religioso.*

El miedo que tenia Doroteo de que á un corazon tan puro no se le atreviese el mas mínimo apego, le obligaba á criarle con un total desasimiento. Dióle un dia paño para que se hiciese un hábito nuevo: trabajó en él Dositeo muchos dias, y le costó mucha fatiga coserle. Llevósele al fin al abad, y el abad le mandó que se le diese á otro monge, y que él hiciese otro hábito nuevo para sí. Ejecutólo el santo mozo, y se repitió con el segundo hábito lo mismo que se habia hecho con el primero. Muchas veces le hizo repetir estos sacrificios en semejantes actos de desasimiento; y Dositeo los hacia no solo sin quejarse, no solo sin repugnancia, sino cada vez con mayor alegría.

Dióle un dia el mayordomo de la casa un cuchillo muy lindo para que se sirviese de él en su oficio, y llevándosele luego al abad, le pidió licencia para guardar aquella alhajita tan curiosa, y usar de ella en servicio de los enfermos. Conoció luego el sagaz prelado la inclinacioncilla que mostraba su querido discípulo á aquel mueble, y como todo su estudio era desprender aquel inocente corazon del mas mínimo asimiento: *¿Pues qué, le dijo, Dositeo, quieres ser esclavo de un cuchillo despreciable, en perjuicio del perfecto desasimiento que Dios te pide? Ese afectillo á un vil instrumento reparte el corazon que debe ser todo de Dios,*

y que su Majestad quiere poseer solo como su único y soberano dueño. Así, pues, doy enhorabuena licencia para que ese cuchillo sirva á los enfermos; pero ordeno al hermano Dositeo que no le toque. Observó inviolablemente la orden del superior; porque el cuchillo se aplicó luego á la enfermería para uso de los enfermos, pero nuestro santo enfermero en cuatro años que estuvo en el oficio jamás le tocó, ni aun por descuido.

Llegó en él hasta donde pudo llegar la perfeccion de la obediencia ciega, pues se le vieron hacer actos heróicos de esta gran virtud con aquella santa simplicidad que autoriza Dios muchas veces con prodigios, y califica con milagros. La menor señal de la voluntad del superior era para él un precepto espreso: tanto que era menester anduviése con gran cuidado el abad para no dar el mas leve indicio de ella. Y no era esto falta de advertencia ó de capacidad; pues era Dositeo de un entendimiento sólido, vivo, brillante y despejado: nacia únicamente de una obediencia tan ciega y tan perfecta, que se duda con razon si se ha visto jamás en el mundo religioso mas obediente.

Complácese Dios en comunicarse á las almas puras y humildes; y así, aunque Dositeo no tenia ni la mas leve tintura de letras, ni de doctrina, poseia un conocimiento tan comprensivo y una inteligencia tan clara, tan limpia de los mas elevados, de los mas profundos misterios de la religion, que algunas veces hablaba de ellos como hombre divinamente inspirado. Su maestro Doroteo, que no perdía ocasion de ejercitarle en la humildad, la lograba siempre que se tocaban estas materias, y hablaba en ellas Dositeo con su acostumbrado acierto, porque entonces le humillaba grandemente; pero con tanta complacencia del humildísimo joven, que nunca sentia mayor gozo que cuando le daban en cara con su ignorancia.

Cinco años pasó nuestro Santo en estos ejercicios de obediencia, de exactitud, de humildad, de una continua union con Dios y otros actos pequeños á la verdad, pero propios de una devocion ternísima. De noche solo asistia á la última parte de maitines; segun se le habia ordenado, en atencion á su poca salud. De dia cuidaba de los enfermos, y comia un poco de pescado á las horas señaladas. Adolecía del pecho, arrojando sangre por la boca, y esta fué la enfermedad que al cabo le quitó la vida. La inquietud y dolores que le causaba, nunca le pudieron arrancar ni una leve señal de impaciencia: su ordinaria oracion era esta: *Señor, tened misericordia de mí. Dulce Jesus mio, asistidme. Virgen Santísima, mi querida Madre, no me nequeis vuestro favor.* Díjole un hermano que podian aliviarse unos huevos frescos: mostró



S. FELIX O.

algun deseo de tomarlos; pero cayendo despues en cuenta, y pareciéndole que esta era inclinacion sensual, la detestó, y se acusó al abad como de una tentacion á que habia dado oidos.

Al paso que crecian sus dolores crecia tambien su resignacion y su paciencia. Redújole la debilidad á no poder moverse; y preguntado por S. Doroteo si hacia siempre su acostumbrada oracion: *Ay, Padre*, respondió al punto, *y cómo que la hago: por señas, que no puedo hacer otra cosa*. Sintiendo que ya le iban faltando las fuerzas, pidió con grande humildad á su santo director le diese licencia para acabar los dolores con la vida. *Ten un poco de paciencia, hijo mio, que cerca está la misericordia del Señor*, le respondió Doroteo. Habiendo pasado algunas horas en una íntima union con Dios, al acercarse la noche se volvió dulcemente á su santo abad, y le dijo: *Padre, permíteme acabar en paz mi destierro*: respondióle Doroteo lleno de ternura con lágrimas en los ojos: *Vete en paz, hijo mio, y ponte con mucha confianza en la presencia de tu Dios, que quiere hacerte participante de su gloria; ruega á su Majestad por nosotros*. Al mismo tiempo el obedientísimo jóven espiró dulcemente, como que tampoco habia querido morir sino por la santa obediencia.

Haciales grande armonia á algunos monges ancianos la extraordinaria opinion que el santo abad tenia de la eminente santidad de su amado discipulo. *Dositeo*, decian entre si, *no ayunaba, dispensábasele en los ejercicios mas penosos de la religion: tratábasele con una demasiada indulgencia: ¿pues en qué consistia su extraordinaria virtud?* Pero Dios los quiso dar á entender á qué grado tan sublime de virtud se puede llegar en poco tiempo por el ejercicio de una perfecta obediencia. Apenas murió Dositeo, cuando Doroteo tuvo revelacion del elevado grado de gloria que habia merecido su querido discipulo: y otro santo viejo, que pedía á Dios con grande instancia le hiciese conocer los monges de aquel monasterio que ocupaban mas eminente lugar en el cielo, vió á Dositeo, en medio de una multitud de Santos, brillando con resplandor sobresaliente al de todos ellos.

SAN FELIX, OBISPO.

EN este dia hace conmemoracion el martirologio romano de san Felix, obispo de Metz, ciudad de la Galia Bélgica, la que mereció desde el tiempo apostólico recibir la luz del Evangelio, y tuvo el honor de tener por su primer prelado á S. Clemente mártir, discipulo de S. Pedro, segundo á S. Celestino ó Celeste, y tercero á S. Felix, varon digno de los mayores elogios por la exacti-

tud en el cumplimiento de su ministerio, siendo un modelo de todas las virtudes episcopales, amantísimo de las santas vigili-
as; el cual, despues de haber gobernado aquella iglesia por espacio de cuarenta ó cuarenta y dos años como un verdadero sucesor de los Apóstoles, debiéndose á su infatigable celo el aumento de la ley de Jesucristo, murió lleno de merecimientos por los años 128. Su cuerpo fué sepultado cerca de los de S. Clemente y Celestino, sus predecesores, y trasladado despues á Sajonia por el emperador Enrique. El Señor se ha dignado hacer su memoria célebre con la multitud de milagros que ha obrado por la intercesion de su siervo.

La Misa es de la Dominica precedente, y la oracion es la que corresponde á la Dominica sexta despues de la Epifanía.

Concedenos, omnipotente Señor, que no pensando jamás en hacer lo que no fuere racional y justo, ejecutemos en obras y en

palabras todo aquello que fuere de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo, etc

La Epístola es del cap. 2 de la primera de S. Juan.

Hijos míos carísimos, hágoos saber, que se os remiten los pecados por el nombre de Jesucristo. Entendedlo así vosotros, ancianos, porque conocisteis aquel que es desde el principio. Entendedlo así vosotros, adultos, porque vencisteis al maligno. Entendedlo así, niños, porque conocisteis al Padre. Entendedlo así, infantes, porque estais fuertes en mantener la palabra de Dios y vencisteis al maligno. No

querais amar al mundo, ni las cosas que hay en él. Si alguno ama al mundo no está en él la caridad del Padre, porque todo lo que hay en el siglo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, cuyas malas cualidades no provienen del Padre, sino del mundo. Y este es transitorio como todos sus apetitos. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente.

REFLEXIONES.

El que está encendido en fuego del amor de Dios quisiera inflammar en el mismo incendio los corazones de todos. Este es el asunto, esta la materia de todas las cartas del amado discípulo. En la presente acuerda á los fieles los beneficios particulares que han recibido de la mano benéfica de Jesucristo; y cuanto dice en par-

ticular á cada uno de los estados, y á cada una de las edades, se puede muy bien acomodar á todas. Con efecto, ¿qué mayor motivo para que amen á este Divino Salvador los niños, que representarlos como por la virtud y por los méritos de Jesucristo les fué perdonado en el bautismo el pecado original, y pasaron á ser hijos de Dios? *Scribo vobis filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus.* Por la infinita misericordia del Señor todos gozamos la misma dicha y el mismo beneficio. ¿Pero hemos comprendido bien esta dicha que gozamos? ¿Somos muy agradecidos á una obligacion tan esencial? En virtud de la regeneracion á la gracia que logramos por el bautismo, Jesucristo se dignó hacernos coherederos suyos, porque siendo hijos adoptivos de Dios, como tales somos herederos forzosos de su gloria. ¿Se tiene mucho cuidado de enseñar con tiempo á los niños una verdad de tanto consuelo para todos? *Scribo vobis adolescentes, quoniam vicistis malignum.* A vosotros os escribo, jóvenes, porque vencisteis el maligno espíritu. En todos tiempos fué la mocedad la edad mas crítica, y la mas peligrosa para la salvacion. Llámase la bella sazón de los placeres, y con mas razon se pudiera llamar la infeliz sazón de los pecados. ¿Pero quién tendrá la culpa de que no sea la dichosa sazón de las virtudes? Precédela una edad toda inocente: nace la mocedad, por decirlo así, con las mas bellas disposiciones para la virtud. Un corazón nuevecito, un espíritu desembarazado de preocupaciones, una conciencia delicada, una razon no gastada ni corrompida, todo esto hace aquella edad muy propia para la virtud, y entra despues la gracia con toda la fuerza que es menester para domar sus pasiones tiernas que acaban de nacer, y para vencer un enemigo, que no habiendo logrado hasta entonces ventaja alguna sobre el corazón, fácilmente puede ser derrotado. ¿Qué desgracia es la de los jóvenes que no conocen estas ventajas que logran, y si las conocen no se aprovechan de ellas! *Scribo vobis patres, quoniam cognovistis eum qui est ab initio:* A vosotros os escribo, padres de familia, porque tuvisteis la dicha de conocer á aquel que es desde la eternidad. No hay bien, no hay fortuna, no hay motivo alguno de alegría ni de consuelo en la tierra, sino en cuanto se refiere á Dios. La honra de ser cristianos vale mas que todos los pomposos títulos, que todas las grandezas del mundo. ¿Pero tenemos una justa idea, un concepto cabal de esta incomparable honra? ¿Qué estimacion hacemos de nuestra religion? Juzguémoslo por el aprecio que hacemos de las máximas del Evangelio. *Nolite diligere mundum, neque ea que in mundo sunt:* No ameis al mundo, ni á las cosas que son del mundo. Fausto pomposo, modas inmo-

destas, usos poco cristianos, concursos peligrosos, licenciosos placeres, diversiones casi continuas, vida regalona, juegos, bailes, espectáculos profanos, todas son cosas del mundo, y todas son contrarias al espíritu de Dios. Pero si alguno ama al mundo, no tiene amor á su Padre celestial. Mas, ¿y qué piensan de esta moral los hombres del mundo, esos esclavos del mundo, esos idólatras del mundo? ¿Esos que no respiran otro espíritu que el espíritu del mundo, que cualquiera otro buen espíritu le ahogan, le sofocan? *Scimus enim, quoniam totus mundus in maligno positus est*: Pues nosotros sabemos, y lo sabemos muy bien, añade S. Juan en otra parte, que todo el mundo está tiranizado del espíritu maligno. Con efecto, todo el mundo es concupiscencia; porque aunque todas las pasiones reinan en él, pero la concupiscencia le domina, y le tiraniza. Concupiscencia de la carne, deseos impuros, funesto amor de los deleites sensuales, ¿de cuantos pecados no sois fatal origen? Concupiscencia de los ojos, codicia insaciable de amontonar riquezas, hidrópica avaricia, ambicion siempre sedienta, ¿cuantas ruinas no habeis causado en el mundo? Concupiscencia de la vida, vanidad loca, vanidad que solo acabas con la muerte, tú eres el principal móvil de los designios, de los proyectos, de los pasos, de los movimientos de la gente del mundo, y todo va á parar en la sepultura. El mundo pasa, la concupiscencia pasa: *et mundus transit, et concupiscentia epus*; pero las verdades de la religion no pasan eternamente. ¡Buen Dios! ¡qué dignos de compasion son los que solo viven, solo alientan con el espíritu del mundo!

El Evangelio es del cap. 17 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo fué donde estaba el pueblo, se llegó á él un hombre, y arrojándose á su presencia, le dijo: Señor, ten misericordia de mi hijo, que está lunático, y padece gravemente; pues cae muchas veces en el fuego, y mas frecuente en el agua. Yo le he presentado á tus discípulos, y no han podido curarle. ¡O generación incrédula y perversa, exclamó Jesus! ¿hasta cuando he de estar con vosotros, y os

he de sufrir? Traedme ese joven aquí. Conjuróle Jesus, espelió al demonio, y quedó sano desde aquella hora. Entonces se acercaron en secreto los discípulos al Señor, y le dijeron: ¿Por qué no hemos podido nosotros lanzar á este espíritu maligno? A que les respondió Jesus: Por vuestra incredulidad. En verdad os aseguro, que si tuvierais fe, aunque no fuera sino como un grano de mostaza, dijerais á este monte: Pasa

de aqui allí; pasaria, y ninguna cosa os seria imposible. Este género de demonios no se arroja sino es por la oracion y el ayuno.

MEDITACION.

Del ayuno y de la abstinencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la abstinencia y los ayunos de la Iglesia no son de pura devocion, son de riguroso precepto. No se contentó Cristo con mandarnos ayunar, sino que él mismo nos dió tambien el ejemplo. Los sagrados Apóstoles estuvieron muy léjos de escusarse de esta ley universal. Ningun Santo ha habido en la Iglesia de Dios, que no la observase con una extrema severidad: ¿y cuantos se dispensan hoy en esta ley? ¿Pero por qué nuevo privilegio hemos adquirido nosotros este nuevo derecho?

La ley de la abstinencia y del ayuno es tan antigua como el mundo, y el quebrantamiento de esta ley fué el fatal origen de todas las desdichas. Si Adán se hubiera abstenido, si hubiera ayunado, él no hubiera caido del estado de la inocencia, y nosotros seríamos felices. ¡Qué bienes no estaban pendientes de su abstinencia! ¡Y en qué diluvio de males no nos precipitó su pecado! ¿Cuanto perdió Esaú por satisfacer su hambre? ¿Cuanto se pierde en la Iglesia de Dios por no guardar los ayunos? Dejar de ayunar cuando lo manda la Iglesia, no como quiera, es una simple desobediencia, es una especie de idolatria, dice san Juan Crisóstomo; porque entre todas las confesiones ó protestas públicas que se hacen de la fe que se profesa, la mas solemne, y la mas eficaz es la del ayuno, especialmente el de cuaresma. Acaso no hay otra prueba mayor de que somos cristianos. ¿Pero por esta señal, por esta marca se conocerá hoy en el mundo gran número de verdaderos fieles?

No ha habido edad alguna en el mundo en que el ayuno no fuese acto de religion, y uno de los mas solemnes ejercicios de penitencia. ¿Qué hombre justo se hallará, ni en el viejo, ni en el nuevo Testamento, que no hubiese procurado domar la concupiscencia, reprimir las pasiones, satisfacer por sus culpas, alcanzar del Señor nuevos favores, en una palabra, que no haya esperado hacerse propicio á Dios por medio del ayuno? ¿Hácese el dia de hoy el mismo concepto de este santo ejercicio? ¿Créese que el ayuno tiene la misma virtud?

Apenas hay religion alguna en la Iglesia de Dios en que el ayuno no sea uno de los capitales puntos de su instituto: hay